

MENSAJE DEL OBISPO DE COPIAPÓ, MONSEÑOR CELESTINO AÓS, A SU DIÓCESIS, EN LOS DÍAS PREVIOS A SU REUNIÓN CON EL PAPA FRANCISCO

A usted sacerdote, diácono, religiosa/o, hombre o mujer de la iglesia de la Diócesis de Copiapó: Paz y Bien.

1. Jesucristo nos toma de la mano, nos hermana, y nos hace orar: *“Padre, Padre nuestro”*. Admirados repetimos ante Dios *“sólo Tú eres Santo, y fuente de toda santidad”*, y con Jesucristo, el Justo que cargó sobre sí nuestros pecados, suplicamos: *“perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden, y no nos dejes caer en tentación”*. La tentación está en nosotros, y todos tenemos inmadurez, oscuridad, mediastintas y pecados. Había un fariseo que rezaba *“Señor, te doy gracias porque yo no soy como ese publicano que está al fondo del templo”*, y Jesús nos avisó qué logró con ello. Con María los apóstoles esperaban Pentecostés, y nosotros con María y la Iglesia sabemos que estamos en Pentecostés: todos nosotros somos conducidos por el Espíritu Santo, en cada instante de nuestra vida, y todos nosotros deberíamos ser capaces de *“sentirlo”* y de darnos cuenta de eso. El Espíritu Santo nos hará ver que estamos en tiempos importantes y decisivos que son oportunidades de gracia y enriquecimiento: ahora es buen tiempo para amar; para amar no sólo de palabra sino con obras a los santos y a los mediocres y a los pecadores, a los que sufren víctimas de abusos en la Iglesia y a los que han cometido atrocidades tan abominables y jamás y por nada excusables. Amarles por lo que son y no por lo que han hecho; olvidarme de mí mismo para promover lo mejor del otro, intentar todo porque la salvación de una persona bien vale intentarlo todo. Todos somos acompañados y todos somos acompañantes en este caminar en fe, en nuestra vida cristiana.

2. *“¿Qué les va a decir el Papa? ¡prepárense para Roma!”*. Hablar de evaluación a muchos causa temor; y el temor es inseguridad y miedo a la realidad. Les digo que voy en paz: Dios quiere que sepamos el punto en que estamos, qué hemos hecho y omitido, cuáles son nuestros temores y desafíos, qué fortalezas y virtudes florecen, por qué nos ha ocurrido esto, etc. No sólo a los obispos y sacerdotes sino también a los fieles la sobrecarga de actividades, la dispersión y superficialidad, el ceder a los criterios mundanos y no valorar nuestra propia fe e Iglesia, el exceso y sobre toda una deficiente ritualización, etc. nos hicieron olvidar lo principal y convertirnos en funcionarios de lo religioso. Nos convoca el Papa a colocarnos, cada uno personalmente y en Comunidad, en estado de oración. Una oración que lleve a conversión, a cambio, en nuestra vida; quienes escuchaban el sermón del apóstol Pedro reaccionan *“¿qué hemos de hacer?”*. Nosotros sabemos que llegará la respuesta, y que Dios acude no para avalar nuestras faltas sino para condenarlas y llevarnos a condenarlas porque el pecado nunca podrá ser justificado, pero sí justificará al pecador arrepentido: Dios no viene a condenarnos sino a sanarnos y salvarnos. No se trata de disertar sobre Dios o sobre la oración; se trata de orar. ¿Cómo hemos de orar? Los Párrocos, pastores de sus almas, orientarán y conducirán la oración en cada parroquia. Muchas son las formas legítimas de oración y todas *“valen”* (o sea, nos llevan a encontrar a encontrarnos con la vida de Dios y su obra en cada uno de nosotros, y en los otros y en la Comunidad): recitar padrenuestros o avemarías, rezar el rosario, participar en una exposición al Santísimo, encender una vela, recitar un salmo o leer un párrafo de la Biblia, participar en la santa misa o rezar en familia, confesarnos o comulgar, o hablar con nuestra propias palabras a Jesús o a la Virgen o a un santo, etc. La auténtica oración, la que nos centra en Dios, inevitablemente nos lleva al hermano: conocer al hermano y sentir responsabilidad por él. Para conocer al otro, y para conocer la realidad de nuestra Iglesia y nuestra patria, no nos basta con la psicología o la sociología; necesitamos la luz y la mirada de la fe para ver el misterio divino en cada uno y en la sociedad.

Somos libres y responsables de nuestro mundo; y si el ambiente está “contaminado”, también en nuestra Iglesia, se nos pide una mirada lúcida, llena de responsabilidad, que busque la verdad y la justicia y la misericordia.

3. La próxima fiesta de Pentecostés invita especialmente a los jóvenes, y también a todos nosotros, a mirar al mundo como don y tarea: “*Señor, envía tu Espíritu que renueve la faz de la tierra*”; y la renovación la hace el Espíritu, pero con nuestra colaboración. Pensar y actuar como si todo dependiera de nosotros, pero estando ciertos de que todo depende de Dios: Dios es quien guía la historia, quien escribe recto con los renglones que nosotros hemos torcido. Dios es quien ilumina a cada corazón para indicarle en su conciencia el bien y el mal, y quienes se acercan a nosotros buscan no tanto que les enseñemos dónde está el bien o el mal sino para que los acogamos, para que los queramos y respetemos por lo que son (criaturas del Señor, redimidos por la Sangre de Cristo), para que los miremos con amor y misericordia como Dios los mira y acoge. Para que podamos ser dóciles al Espíritu, para que podamos avanzar en el conocimiento de la verdad, para que amemos más y sirvamos mejor a nuestras iglesias, para que cambiemos y rectifiquemos lo que sea necesario sabemos bien los demás obispos y yo que necesitamos de la oración de ustedes, y por eso se la pido especialmente durante estos días de nuestro encuentro en Roma con el Sucesor de san Pedro y sus colaboradores.

Me atrevo a señalarles que, me parece, el llamado “caso Osorno” no es el único problema de nuestra Iglesia chilena, ni se trata sólo de unas pocas personas concretas; y pidamos al Espíritu Santo que no nos quedemos mirando unos frutos o realidades, sino que vayamos a buscar las raíces y causas. Me atrevo a advertirles que inevitablemente este tiempo de oración ha de ser de humildad: miren cuántos problemas y cuánto dolor ha sumado al dolor por los abusos y otros etc. una información que se creía válida y que resultó insuficiente, sesgada, interesada quizás. Alerta a nuestras informaciones, alerta a nuestras seguridades que nos quieren convertir en jueces. Busquemos la verdad, aunque sea dolorosa, porque la verdad siempre libera, porque con la verdad se puede hacer justicia y con la justicia se va a la misericordia.

Sepan que todos los días rezo por ustedes poniendo a la Virgen María como intercesora; y con ustedes a Ella me encomiendo rezando:

*Virgen de la Candelaria,
Madre del Señor Jesús:
Haz que, siguiendo a tu Hijo,
Para el mundo seamos luz.*

+ Celestino Aós B., OFM Cap, Obispo de Copiapó